

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

28 de diciembre de 1889

Núm. 113



EL COLUMPIO





## UN RATO DE CHARLA

**Q**s parece que no hablásemos del *dengue*?

Paréceme que oigo millares de voces que me están gritando:—¡Bravo, Antoñito! ¡No nos hables de eso! ¡Preferimos que nos eches un sermón de esos tan soporíferos, en los cuales no hay quien te gane!

—Gracias, amado pueblo. No hablemos, pues, del *dengue*, que, al fin, no vale la pena; pero por hoy (¡estadme agradecidos!) tampoco habrá sermón: digerid tranquilamente el pavo.

Hablaremos, pues, de pinturas.

Ciertamente que será hablaros de las Batuecas, porque las pinturas de que voy á hablar están en casa Parés, calle de Petritxol, Barcelona, donde no es fácil se dejen caer la mayoría de vosotros.

Pero antes de pasar adelante vaya una historia.

Esa calle de Petritxol que digo, es una calle no muy larga, estrecha, de muchísimo tránsito, con tiendas, en su mayoría pertenecientes á los ramos de pinturas, marcos dorados y pastelerías.

Pues en la tal estrecha calle vive un amigo mío, muy amigo, muchísimo, pero que tiene la maldita manía de darse lustre hasta el más censurable extremo; y este amigo, que vive largas temporadas en París, mandóse hacer unas tarjetas en las cuales hizo estampar lo siguiente:

D. F. de T.  
Barcelone.

Avenue Petritxol, n.º.



¡Figuraos la gresca que se armaría aquí al enterarse la gente de que mi amigo había convertido en *Avenida*, nada menos, la estrecha y accidentada calle de Petritxol!

Pero me dejo de murmuraciones y entro ya en casa Parés.

Y, ahora que recuerdo, menester será que lo que haya expuesto sea bueno, porque, á la verdad, el papel que hemos hecho en París



Una buena acción

tocante á pinturas no es para envidiado. Nos creíamos ser los primeros pintores del mundo, y...

Pero peor es meneallo.

Adentro.

Muchos paisajes y marinas. Es el género que priva. Nuestros comedores necesitan árboles, ríos, montañas, etc. Antes el casero se encargaba de ello, pero desde la moda del papel pintado es preciso que el inquilino se procure esa clase de vistas.

Armet y Vayreda son los que sobresalen en materia de verdores. Son dos maestros en el género.

Como supremos pintores de melancólicas campiñas vagamente iluminadas por los últimos fulgores del crepúsculo vespertino, están siempre en primera línea Urgell y Galofre: dos eminencias.



Una labradora y un labrador valencianos cortejando en una huerta, de Pozo, es un cuadro que atrae la atención de todo el mundo.

Aunque no tanto como el retrato de una bellísima niña, página inolvidable de Casas.

Una muchacha del pueblo haciendo calceta en su humildísimo cuartito, de Llimona, es un cuadro que vale mucho, mucho, mucho. Aquello es el arte tal como yo lo entendería si entendiese en pinceles.

No hay que decir si dos cuadros de Masriera, una joven oriental y otra septentrional, serán ó no dos valiosas joyas. Todo lo que pinta Masriera parecen piedras preciosas.

Marinas: hay muchas y sumamente bonitas. A mi ver, la mejor es la de Marqués; pero como no pertenezco al gremio de escritores coloristas, no sabré deciros en qué consiste. Es un puerto, con muchos barcos que parece que se mueven, según lo que se mueve el agua.

Una masía catalana junto á una carretera, es un gran paisaje de Rusiñol, pintor eximio.

Asimismo pertenece á la categoría de pintores *de primera* el señor Tamburini, que tiene allí unos cuantos cuadros que uno robaría á no ser por el temor de faltar al séptimo mandamiento.

La impresión general que resulta de la exposición inaugurada hoy (día 19) es la de un estado artístico bastante regular, ya que no brillante: la de una honrosa medianía, pero sin llegar á elevarnos *todavía* á la altura de Francia, Alemania ó Inglaterra.

Una cosa me ha animado mucho, sin embargo, y es que he visto poquísimos cuadros *flamencos*.

¡Alabado sea Dios!

Y con eso hasta el año que viene, deseándoos á todos las mejores salidas y entradas.

Vuestro afectísimo,

ANTOÑITO







**C**ONCLUÍA de nevar: el espeso tropel de copos que caía desde por la mañana, oscureciendo el aire, como desprendido de un cedazo inmenso volteado incesantemente, había amainado poco á poco, y, libre la atmósfera de obstáculos, descubriase, en cuanto abarcaba la vista, un tapiz blanco cubriendo el terreno y nivelando todos los accidentes del paisaje. La Naturaleza hallábase sumida en una calma angusta: no se movía el más leve rumor ni soplabla la más ligera racha de viento, y, en los desiertos declives de aquellos cerros solitarios, sólo turbaba el silencio el chapoteo que producían las almadrñas del espolique del pueblo, que, embozado en su manta y seguido de su flaco pachoncillo, que le iba pisando los talones, se encaminaba á la aldea, cortando por un sendero borrado por la nieve.

De pronto, el perro, que marchaba trotando con el rabo entre piernas y las orejas gachas, se paró, quedóse plantado, olfateó el ambiente con las ventanas de la nariz muy abiertas, y lanzó un aullido inesperado y agudísimo. El espolique se detuvo á su vez, miró fieramente al can, le gritó con ira: —¡Chucho!...—y, enarbolando el nudoso garrote que llevaba colgado de la muñeca derecha, amagó con pegarle un palo al animal. El pachón esquivó el golpe, se ladeó, echóse fuera del caminejo y tornó á aullar con furia. Después arrancó repentinamente: se lanzó á escape por un repecho arriba. Deteniéndose ante un peñasco enorme, oliscó con impaciencia el piso, agitando furiosamente la cola. Hundiendo las manos en la blanca masa, se puso á buscar algo dentro de ella, levantando un tropel de copos que subían en ramilletes para caer luego desparramados. De cuando en cuando sepultaba la cabeza en el hoyo que iba haciendo, levantándola después jadeante, con la lengua fuera y los ojos encendidos; y continuó, por fin, su tarea con ahinco, ahondando cada vez más en la nieve.

El espolique permaneció al pronto indeciso, asombrado del arranque del perro. Luego le resplandeció en la mente una idea súbita, echó á correr á campo traviesa, llegó junto al can, le acarició con ternura, y le dijo azuzándole con la voz:

—¡Busca, busca, Leal!..

El perro, al oír el acento de su amo, redobló su ímpetu y continuó separando la nieve á manotones. El espolique, mientras alargaba el cuello mirando por detrás del animal y pensando con angustia para su capote si habría alguien enterrado en aquel sitio, no cesaba de hostigar al pobre pachón, que sudaba copiosamente con el trajín, para que no desmayase.

Al cabo el perro se detuvo, agachó más aún la cabeza, gimió dulcemente, se irguió luego, ladró á su amo, y se apartó como dejándole el sitio. El espolique se abalanzó al hoyo, se inclinó, y en el fondo, medio sepultado entre la nieve, rígido, sin color, con la palidez de la muerte, cerrados los ojos, los labios



entreabiertos, vió un niño que apenas llegaría á los doce años. No le conocía: debía ser forastero en la comarca, y de seguro le había sorprendido en camino la ventisca del amanecer.

El honrado espolique no vaciló un punto: cogió con ansia el tieso cuerpecito de la pobre criatura; le golpeó suavemente, sonando los miembros como si fueran de palo; le auscultó el corazón... Nada: estaba helado. Entonces



La amiguita de Teodoro

permaneció un instante inmóvil, lleno de angustia, sin saber qué hacer, con el infeliz muertecito en los brazos, mientras el perro meneaba la cola sin quitarle ojo. Al fin, queriendo convencerse de la desdicha, tal vez movido por una postrera esperanza, volvió á reconocer al muchacho, y al levantarle un párpado advirtió que el cristalino no había perdido su transparencia.

¡Dios mío! Un pensamiento salvador se le metió de pronto en el cerebro: se agachó, cogió un puñado de nieve, lo volcó sobre el rostro del chicuelo, y comenzó á frotarle con los copos. El cutis pareció sonrosarse levemente al cabo de un rato. Hasta entonces no se le había ocurrido palparle la piel del pecho, contentándose con escuchar por encima de la ropa si latía el corazón. Ahora hundió la mano por debajo de la camisa del mocete: el desdichado conservaba aún calor. ¡Dios santo! ¡Tal vez se salvase!... Quitóse en seguida la manta y arropó al niño cuanto pudo, continuando sus enérgicos frotos. ¡Ah!... ¡Sí, sí!... ¡Estaba tonto! ¿Para qué llevaba siem-

pre consigo la calabaza llena del aguardiente?... Soltó al rapaz, le apoyó en un alto de suerte que quedara incorporado, con horrible trabajo le separó los labios empalidecidos, y le echó en el colete un buen traguete del triple, capaz de deshelar á los propios témpanos del paisaje. La medicina produjo su efecto: el niño lanzó un suspiro casi imperceptible. El espolique entonces tornó á recoger á la tierna criatura, murmuró con honda alegría:—¡Vive! ¡Vive!—y, seguido del perro, que saltaba detrás de él ladrando de júbilo, echó á correr hacia el pueblo.

ALFONSO PÉREZ NIEVA



## LOS ESPEJOS

El uso de los espejos se remonta á la más remota antigüedad. Sin necesidad de trasladarnos á los tiempos de Moisés ni de recordar el pasaje del *Exodo* en que se trata de los espejos de las mujeres que permanecían á la entrada del tabernáculo, sabemos que los antiguos egipcios los usaban también. En Grecia y en Roma se adornaban las paredes con placas bruñidas y relucientes de acero, oro, plata, obsidiana y piedra especular; y, á juzgar por lo que se desprende de antiguos textos, no fueron desconocidos en lejanas épocas los espejos de cristal forrados de una lámina metálica.

Hasta el siglo xv no reemplazaron á los espejos de metal bruñido las placas de cristal azogado, habiéndose fabricado los primeros en Flandes, y después en Venecia, que tanta fama conquistó, conservándola aun hoy día por su superioridad en esta clase de industria. En un principio, y por espacio de mucho tiempo, sus dimensiones fueron muy reducidas, pues el arte de construir grandes espejos data solamente de fines del siglo xvii, época en que se fundó la famosa fábrica de Saint-Gobain. Su uso está tan generalizado que no sólo se les destina para los tocadores, si que también se emplean para la ornamentación interior, y aun exterior, de varios edificios. Si las lunas de los espejos tienen el inconveniente de ser sumamente frágiles, tienen en cambio ventaja superioridad sobre los objetos metálicos, cual es la de ser casi inalterables, al paso que aquéllos se oxidan, se empañan y exigen gastos crecidos para su conservación.

Hoy las fábricas de espejos producen lunas de grandes dimensiones y de tersura perfecta, que no cede en nada á la belleza de la misma sustancia trasparente. Cuanto más blanca, ó, mejor dicho, cuanto más incolora es esta sustancia, tanto más perfecta es la luna; porque entonces los rayos luminosos que deben atravesar dos veces su espesor para llegar á la vista, después de refle-



La amiguita de Teodoro



jarse en la superficie bruñida del azogado, no cambian de tono y se debilitan muy poco á causa de dicho paso.

En Bélgica, en otros países del norte, y aun en Francia, se suelen colocar, fuera de las ventanas de las habitaciones, espejos que, pudiendo girar sobre su eje ó sobre unos goznes, adoptan la posición que se desea, de modo que reflejen hacia el interior de la habitación la imagen de lo que pasa por la calle. Estos espejos, de que se valen también los almacenistas y los tenderos para vigilar desde detrás del mostrador los aparadores exteriores de un establecimiento, se conocen con el nombre de *espías*.

Asimismo se hace uso de grandes espejos azogados ó metálicos para hacer que penetre la luz del cielo en el interior de una habitación oscura. Por lo general estos reflectores suelen verse en calles angostas y sombrías de las grandes ciudades del norte.

Cuando la luz se refleja en una superficie bruñida, pero trasparente, reproducense también las imágenes, pero muy débiles, porque una gran parte de la luz atraviesa la sustancia. Hé aquí la razón de que los espejos ordinarios estén azogados por su cara posterior, resultando entonces las imágenes como sobre un cuerpo opaco sumamente bruñido. También puede hacerse uso de la luna sin azogar, ya que aun así refleja imágenes muy brillantes y de vivos colores cuando los objetos que tiene delante están vivamente iluminados y, al propio tiempo, el espacio que los rodea, sumido en una oscuridad relativa. Tal es el principio de las apariciones fantásticas



El perro de azúcar

que alguna vez os habrán impresionado en los dramas terroríficos y espeluznantes que se representan en los teatros.

Para conseguir el debido efecto, se deja casi á oscuras la platea, y entre ésta y el escenario se coloca un gran cristal. Dando á éste una posición inclinada, refleja la imagen de una persona fuertemente iluminada por una luz que se dirige de lleno sobre ella desde el foro. El actor á quien vemos directamente en el escenario, y la imagen virtual pero animada del personaje que se halla en el foro, pueden mezclarse, confundirse, hasta el punto de producir en los espectadores la ilusión de que realmente ha aparecido un fantasma inmaterial é impalpable. La necesidad de dar cierta inclinación al cristal hace que el fantasma no aparezca perfectamente en equilibrio; defecto que notan más los espectadores colocados á los lados que los que ocupan el centro de la platea.

Recientemente han estado muy en boga cierta clase de espejos á los cuales se ha dado el nombre de *espejos mágicos*, porque ofrecen un fenómeno maravilloso y particular á primera vista y que, sin embargo, no es más que el resultado natural de su elaboración.

A. OZORES





El circo





## COLEGIOS DE PRIMERA ENSEÑANZA

COMIENZO por recordar aquello tan sabido de que

A todos y á ninguno  
mis advertencias tocan:  
el que haga aplicaciones  
con su pan se lo coma.

Con lo cual quedo, en mi sentir, á salvo de toda mala interpretación y de gratuitas censuras. Cuanto pueda decir en este artículo tiene que ser una copia exacta del natural, mejor ó peor hecha dadas la pobreza y poca valía de mis pinceles, pero copia al fin, que he de presentar con la claridad de tintas necesaria para no confundir el conjunto y hacer de mi cuadro un testable borrón.

Conviene á mi propósito manifestar que estas líneas van dirigidas en primer término á los directores de colegios, después á los padres que á esos colegios mandan á sus hijos, y en último extremo á los niños que frecuentan tales establecimientos.

Siendo niño he tenido siempre un respeto que rayaba en culto á los maestros solícitos y cariñosos conmigo, á la par que un terror grande á los que me trataron mal. Hoy que, aunque muy joven, he pasado ya de la categoría de niño, miro á aquellos que fueron mis profesores con absoluta indiferencia: á quienes me trataron bien porque cumplieron un deber sagrado, y el cumplimiento del deber siempre es digno de aplauso pero no de alabanzas; á los que me trataron con dureza, considerándolos hoy inferiores á mí, sin odiarlos, porque el odio no puede arraigar en un corazón que sabe sentir el bien, les tengo lástima. Con esa indiferencia, con esa libertad que puede tener quien, como yo, mira ya á los colegios á distancia, voy á penetrar por un momento en ellos y observar prudentemente lo que son, intercalando en mi narración conceptos de los cuales se deduzca lo que á mi juicio debieran ser estos centros de enseñanza, que por ser la primaria es la base y raíz de todas las demás que se conocen con los nombres de *segunda enseñanza* y *enseñanza superior*.

Al penetrar en un colegio lo primero que á mis ojos se presenta es aquel odioso lema de: «La letra con sangre entra;» y así veo, sobre una plataforma colocada en un extremo del salón, la mesa del maestro, detrás de la cual y en su enorme sillón está sentado el que ejerce el magisterio, teniendo á la derecha y al alcance de su mano, quién una enorme correa, negra por el uso y satisfecha de haberles *tentado la ropa* á todos los alumnos; quién la clásica palmeta de rústico pino; quién, en fin, una vara, de fresno por añadidura; *arma* repugnante y que degrada hasta el extremo de convertir al niño en burro de reata. Con esto no transijo, lectores míos. Si aquel hombre, que está colocado sobre la plataforma, mostrando así la superioridad sobre todos los



demás que se sientan á más bajo nivel, no puede mantener el orden, hacer respetar su autoridad y propagar entre sus tiernos discípulos los conocimientos más rudimentarios y precisos, de otra forma que blandiendo la correa, enarbolando el pedazo de pino ó asentando en los infantiles cuerpos despiadadamente la vara... no tengo inconveniente en declarar que tal hombre *no sirve* para desempeñar el puesto que ocupa y que debiera abandonarlo. ¿Acaso crían las madres á sus hijos, sufriendo horribles dolores y tras desvelos sin cuento, para entregarlos más tarde en manos de quien, alegando actos cometidos siempre con inocencia y sin el imperio de la reflexión, los maltrata á sangre fría y con el mayor desahogo? ¡No! ¡No me digáis que el uso de la palmeta es indispensable! Lo niego en absoluto. No soy padre, pero si llegara á serlo, jamás consentiría que á un hijo mío le dieran golpes. ¡Lágrimas de amargura me ocasionarían los castigos materiales que como padre celoso tuviera que imponerles!

La civilización, el progreso, los adelantos mil de la pedagogía, no deben consentir hoy esos castigos crueles y degradantes. El derecho, esa preciosa rama del saber humano que nos marca el camino recto de todos nuestros actos y que prote-



El mono pequeño

ge al individuo cuando aun se halla viviendo dentro de su propia madre, no debe tolerar tampoco que á ese ser se le maltrate después de algunos años de vida y en aquellos en que se comienzan á dirigir sus facultades intelectuales. Los encierros, la supresión de platos favoritos (tratándose de niños internos), la reprensión continua y razonada, colocar al desaplicado en saliente contraste con el juicioso y aprovechado; estimo yo que son medios todos que pueden conducir perfectamente al fin que debe proponer-se el maestro.

Por regla general el sistema de enseñanza en los colegios deja mucho que desear, y los padres, además de sufrir cambios injustificados de textos que au-



mentan de día en día los ya subidos gastos de enseñanza, suelen encontrarse á la postre con que sus hijos tienen diez años y mucho miedo... á la palmeta del profesor, pero en cambio ni saben leer, escriben mal é ignoran muchos de ellos cuántos son dos y dos.

Si de esto paso á la higiene que se observa, es decir, que se debía observar en los colegios... ¡buena tarea me dé Dios! En el verano se asfixian; en el invierno se hielan. Todos beben agua en el mismo vaso, costumbre digna de la mayor censura, y que ha dado, está dando, y dará si no se corrige, un enorme contingente á la mortandad por la difteria. Colegios conozco yo, estimados lectores, y esclavo soy de la verdad, en los que á una hora fija se obliga á los niños á que hagan sus necesidades, sin consentírsele antes ni después. ¿No es esto una verdadera tiranía? ¿Es acaso

el cuerpo humano una máquina que pueda responder siempre al resorte; cuyo resorte es, en este caso, el capricho del maestro?

Creedme los que ejerzáis el magisterio: borrad aquello de «La letra con sangre entra,» y escribid en su lugar estas palabras:

*Suum cuique tribuere.*

J. M. Bonilla Franco



Las Illas de Matilde

## ✱ NUESTROS GRABADOS ✱

### EL COLUMPIO

¡Cómo se columpian  
Juanito y Tomás!  
¡Cuál cruzan los aires  
con suave compás,  
gritando y riendo  
los dos á cual más!

¡Mas ay! Si el columpio  
se llega á quebrar,  
sobre el blanco césped  
los dos rodarán  
y acaso el recreo  
se acabe con mal.

### UNA BUENA ACCIÓN

Dorotea y Damián acostumbraban ir con frecuencia á la playa para jugar en las húmedas arenas y buscar conchas. Cierta día vieron allí á un hombre muy andrajoso, el cual dijo á los niños que había ido á buscar almejas porque no tenía nada que comer. Al cabo de un rato, Dorotea, que estaba socavando la arena para llenar su carrito, encontró entre ella un



duro. Al ver la moneda pensó desde luego en aquel pobre hombre que no había comido, y después de consultar con su hermano resolvieron darle el dinero. Esta buena acción fué recompensada por los padres, que elogiaron tan noble conducta.

### LA AMIGUITA DE TEODORO

Teodoro tenía una ardilla que era para el chico el más agradable pasatiempo. Habíala acostumbrado á trepar hasta sus hombros y á buscar nueces en sus bolsillos, y Teodoro no podía ya ir á ninguna parte sin que la ardilla se empeñase en seguirle. Otros animales, como un gato y un conejo, servíanle también de distracción, y, apenas estudiadas sus lecciones, en vez de ir á jugar con otros chicos, prefería recrearse con sus animales.

### EL PERRO DE AZÚCAR

El día del cumpleaños de Carlitos su tía le regaló un perrito de azúcar, diciéndole que lo guardase, porque aquello no era para comer.

Al día siguiente, sin embargo, parecióle al niño que el perro tenía la cola demasiado larga, y se la cortó de un bocado, comiéndose el pedazo que acababa de dividir. Al otro día juzgó que las orejas tapaban mucho la cabeza del perrillo, y, sin decir nada á la tía, comióselas también.

—Ahora le has desfigurado,—díjole su mamá.—No le quites nada, porque tu tía se enfadará seguramente.

Carlitos no contestó; pero á los pocos días, cuando le pidieron el perrito para ver si se hallaba en el mismo estado, el niño confesó, ruborizándose mucho, que no había podido resistir á la tentación de comérselo todo, porque había quedado muy feo.

### EL CIRCO

Natalia y Juanito no habían visto nunca fieras vivas, y, al saber que acababa de llegar al circo una numerosa colección de las mismas, manifestaron tan vivos deseos de asistir á la función, que al fin su papá accedió á llevarlos una noche. El espectáculo les dejó absortos, y allí pudieron ver elefantes, leones y jirafas, así como también varios indios salvajes y una colección de aves raras, entre las cuales llamóles sobre todo la atención el pavo real.

Natalia y Juanito no recordaban haber pasado nunca una noche tan deliciosa, y por su gusto hubieran vuelto todos los días.

### EL MONO PEQUEÑO

Un día fui á ver una colección de monos, y entre ellos me llamó sobre todo la atención una hembra y su hijuelo. Los demás monos complacíanse en tirar de la cola á este último, é, irritada al fin la madre, cogióle entre sus brazos y trepó por una cuerda para ponerse fuera del alcance de los que molestaban á su hijo. Di una almendra á la mona para que la compartiese con el pequeño; pero el animal se la comió toda, dándome á conocer con esto su egoísmo.

### LAS LILAS DE MATILDE

Mi hermana Matilde es mayor que yo, y agrádale mucho adornarse con flores el cabello. Una mañana oíle decir á nuestra mamá que daría cualquier cosa por tener unas lilas para



Las lilas de Matilde



ponérselas en la cabeza, y yo, sin decir nada, salí de casa corriendo y dirigíme al prado inmediato, donde había visto algunas de dichas flores á orillas de un pequeño pantano. Para llegar hasta ellas debía cruzar un vado muy estrecho, y pude franquearle sin novedad, más al volver perdí el equilibrio y caí en el agua cenagosa, espantando á unos patos que allí se solazaban. Cubierta de lodo, pero con las flores en la mano, llegué á mi casa triunfante; y no fué poco el susto que ocasioné á mi mamá, si bien mi aventura excitó después la hilaridad de todos, aunque elogiándose mi cariñoso proceder.

### LA ISLA DE LOS COCOTEROS

Esta pequeña isla, situada en la bahía de Hilo, tiene muchos cocoteros, y hay allí numerosas caletas donde las olas llegan suavemente, bañando las blancas arenas. Los niños y la mamá llegaron allí en un bote tripulado por indígenas, y, apenas saltaron en la arena, dejaron escapar gritos de alegría al ver las numerosas conchas de todos colores de que la playa estaba sembrada.

Los indígenas treparon á los árboles para coger cocos y ofrecérselos á los niños. Este fruto contiene un líquido semejante á la leche, muy dulce y sabroso, y la carne es tan tierna que se puede comer con cuchara.

Llegada la tarde, la mamá y los niños abandonaron la isla cargados de conchas y de cañas de bambú.



### EL MANZANO

(Continuación)

—Acérquese V.,—dijo el Sr. Poderoso, que se había sentado en el sillón que ocupaba ordinariamente el Sr. Sincero;—acérquese V. y dígame todo lo que sepa de más esta mañana.

—No sé nada más, señor,—respondió resueltamente Hardy.

—Pues bien: yo sí tengo algo más que decirle á V.

Y cogiendo la varita disponíase el auxiliar á pegarle al estudiante, cuando entró el Sr. Sincero seguido del anciano de la huerta, al cual Loveit reconoció al punto.

—¡Hardy!—exclamó el Sr. Sincero con voz de dolorosa sorpresa.—¡Hardy! ¡Es V.! ¡No puedo creer mis propios ojos!



—No sean Vds. demasiado rigurosos,—murmuró el anciano.

—No tenga V. cuidado.

Y después, dirigiéndose á Hardy:

—Nunca, se lo confieso á V., me he sentido tan cruelmente engañado como en este momento. Había puesto en V. toda mi confianza, le creía á V. un joven de honor, y hé ahí que da V. ejemplo de la más descarada desobediencia. Es V. un ladrón.

—¿Yo, señor? —exclamó Hardy. Y se deshizo en lágrimas ante semejante acusación.

—Usted y muchos otros.

—Pregúntele V. cuáles son sus cómplices, —interrumpió el Sr. Poderoso.

—No quiero preguntarle nada. ¿Qué quiere V. sacar de un estudiante que no ha conservado intacto el sentimiento de la probidad? La verdad y el honor no habitan bajo los vestidos de un ladrón.

—Yo no soy un ladrón: yo no he tenido nunca nada de común con esas gentes,—exclamó Hardy indignado.

—¿No ha robado V. á ese anciano? ¿No se le ha llevado V. sus manzanas?

—No, señor: no he tocado jamás para nada á las manzanas de ese viejo.

—¿No ha tocado V. nunca á las manzanas? ¡Cuidado! No tolero esos vergonzosos equívocos. Ha tenido V. la sinvergüenza, la indignidad, la infamia, la bajeza, de tratar de envenenar su perro. No lo negará V., sin duda, puesto que la carne envenenada ha sido encontrada esta noche en sus bolsillos de V.

—Que han encontrado el veneno en mis bolsillos es verdad; pero yo no he pensado jamás en envenenarle: lejos de eso, le he salvado la vida.

—¡Dios le bendiga á V.!—dijo el anciano.

—¡Eso no tiene sentido común! ¡Eso es una impostura!—exclamó el señor Poderoso.—No trate V. de hacernos comulgar con ruedas de molino.

—Yo no engaño á nadie.

—Yo tengo la prueba, sin embargo,—dijo el doctor Sincero,—de que el veneno ha sido preparado con ese objeto.

Y enseñó el pañuelo de bolsillo azul.

A tal vista, palideció Tarlton: Hardy, por el contrario, no cambió de aspecto.

—¿Conoce V. este pañuelo de bolsillo?



La isla de los cocoteros



- Sí, señor: le conozco.  
 —¿Es de V.?  
 —No, señor.  
 —¿A quién pertenece, pues?  
 Hardy guardó silencio.  
 —¿No responde V.? Bueno: ya sabré yo á qué atenerme. Haré las averi-



La isla de los cocoteros

guaciones necesarias; y cuando tendré la prueba que me falta, esté V. seguro de que sabré lo que me toca hacer.  
 —Ese pañuelo no es mío.  
 —Veamos, señores: ¿de quién es este pañuelo?  
 Y el Sr. Sincero se lo mostró á los estudiantes.  
 —¡No es mío! ¡No es mío!—fué la respuesta que salió de todas las bocas á la vez. Y, en efecto, nadie, á excepción de Tarlton, Loveit y Hardy, sabía la verdad.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Áncha de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
 RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA